

Cuarenta y dos cartas de Quevedo a dos jesuitas distinguidos

James O. Crosby
Florida International University

«Retirado en la paz de estos desiertos,
con pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos...»
(Quevedo, soneto desde La Torre, vv. 1-3).

«Por los escritos juzgamos de aquéllos a quien comunicar
no pudimos» (González de Salas, ed. de *El Parnaso* de
Quevedo, dedicatoria de la musa Talía, p. 405).

Se han citado muchas veces las palabras del sobrino de Quevedo, Pedro Aldrete, y de su primer biógrafo, Pablo de Tarsia, sobre el afán de lectura del satírico, su rica biblioteca y los muebles especiales que mandó construir para facilitar dicha afición¹. Otro testimonio de sus vastas lecturas y aguda memoria son las numerosísimas citas eruditas a lo largo de su obra, y el hecho de que al parecer la gran mayoría las hacía de memoria, equivocándose rarísimas veces². En cambio,

¹ Aldrete, «Al lector», en su ed. de Quevedo, *Las tres musas*, hoja 6v (reproducida en Quevedo, *Obra poética*, t. I, p. 143). Tarsia, *Vida*, pp. 28-34 (reproducida por Astrana Marín en Quevedo, *Obras en verso*, pp. 774b-775a). Véase Lía Schwartz, «Las preciosas alhajas...», p. 217, y sobre las lecturas de Quevedo, las pp. 217-223.

² Sobre las citas de Quevedo en determinadas obras suyas, véanse Pablo Jauralde Pou, «Una aventura...» (sobre la *España defendida*); Sagrario López Poza, *Francisco de Quevedo...* (sobre las citas patrísticas); Del Piero, «Las fuentes del *Job*

no recuerdo haber visto citadas las palabras de Josef Antonio González de Salas, «íntimo» amigo suyo y el editor que escogió para su poesía, sobre su extraordinaria habilidad de conversador:

A no pocos varones eruditos he alcanzado [...] a tratar, que aunque extranjeros, por haber llegado con diversos fines a la corte del Rey Católico, me fueron familiares. De los nuestros, hombre grande no ha habido concurrente en mi edad que se haya esquivado de mi comunicación, y entre ellos algunos han sido venustísimos y con agudeza rara. Pero todos, todos, en llegando a escuchar a don Francisco, así se reputaban en el concepto anublarse y extinguirse como la luz pequeña lo que da delante de la mayor. Afirmo, pues, que a mí me sucedió de ese modo con cuantos en mi conocimiento habían precedido, desde que en su familiaridad tuve más frecuencia. [...] Como singular le fue a él y propia la gracia en sus palabras, y en las familiares significaciones de su conversación, así también en sus escritos todos, los que eran de ese genio, se excedía, lo que dicen, asimismo³.

¿Y qué clase de «familiaridad» fue aquélla de que disfrutó González de Salas? Tres años después de la muerte de Quevedo explicó lo que había significado para él:

Confesaré con ingenuidad mucha haber sido [Quevedo] el sujeto que mayor soledad me hizo con su privación en el discurso de mi vida, y que hasta hoy el tiempo nada ha podido mitigarla (véase la nota 3).

A mí no me sorprende que Quevedo le escogiera para editar su poesía, pues ya a partir de 1629 González de Salas había publicado ediciones muy eruditas de Séneca, Petronio, Pomponio Mela y otros clásicos. Hoy podemos comprobar la razón que tuvo Quevedo, pues de los más de setecientos poemas suyos editados por González de Salas en el *Parnaso* de 1648 y en varios segmentos de las *Tres musas* de 1670, con epígrafes descriptivos y notas sobre sus fuentes, hasta la fecha ninguno se ha rechazado por apócrifo (Crosby, «La huella...», p. 111).

Las vastas lecturas, la aguda memoria y la habilidad sobresaliente de conversar atestiguan el carácter de la mente de Quevedo, nutrida por otra parte en la educación que recibió de joven y, como se sabe, de manos de los padres de la Compañía de Jesús. También ilustran dicho carácter su correspondencia con ciertos jesuitas en los últimos años de su vida, que incluyen los de la prisión en el convento de San Marcos de León. Que yo sepa, solamente una carta de esta serie se ha anotado, y lo ha hecho mi amiga Mercedes Sánchez Sánchez («Una carta iné-

de Quevedo»; y Crosby, «Citas bíblicas al parecer taraceadas» y otras tantas «Que difieren de la Biblia», en su edición de la *Política de Dios*, pp. 463-465, 468 y 473.

³ González de Salas, Dedicatoria de la musa VI, Talía, en su edición de Quevedo, *El Parnaso*, pp. 405-406 (reproducidas en Quevedo, *Obra poética*, I, p. 133).

ditá...»); las trece publicadas por Luis Astrana Marín, con fechas y destinatarios equivocados, están muy mal transcritas, y de un manuscrito deficiente (Quevedo, *Epistolario*, pp. 431-457). Últimamente acabo de descubrir otras veintiocho cartas en un manuscrito desconocido que poseo: total, cuarenta y dos, dirigidas a dos jesuitas muy distinguidos. Fueron copiadas con cuidado en la biblioteca del Colegio de jesuitas de Salamanca por los hermanos del Colegio y revisadas por el Rector, todo por encargo de Gregorio Mayans y Siscar⁴. Se trata de comunicaciones extensas, y queda claro que a diferencia de otros corresponsales, con estos dos el satírico se sentía libre para ventilar, con el acostumbrado ingenio y atrevimiento, su experiencia, su intelecto, su habilidad literaria y su sentido del humor.

Escritas entre 1642 y 1644, esta serie de cuarenta y dos cartas pertenece a la última época de gran creatividad del escritor, cuando redactaba la *Providencia de Dios*, la *Constancia y paciencia del santo Job* y la *Vida de San Pablo*, período del cual dijo González de Salas con tristeza: «Mucho de esto destempló su prisión última y la quiebra de su salud, que desde entonces le fue enemiga hasta su muerte» (véase la nota 3 anterior). Me propongo aquí revisar primero lo que hoy se sabe de Quevedo y los jesuitas, a la luz de los documentos conocidos y agregando algún dato nuevo, para luego traer a colación alguna muestra de lo que nos brindan las cartas desconocidas y otras todavía sin comentar. Ocioso es confesar que no admiten los límites del presente ensayo el análisis comprensivo que merece la materia, y que seguramente aportará más datos la biografía de Quevedo de mi amigo Pablo Jauralde Pou, en prensa ya y esperada por todos con gran interés.

LAS NOTICIAS CONOCIDAS

A lo largo de su carrera Quevedo se relacionó con varios jesuitas, a algunos de los cuales alabó encarecidamente. A Juan de Pineda, autor de varios comentarios extensos y muy eruditos sobre algunos libros del Antiguo Testamento, le llamó en 1641 «muy reverendo» y «doctísimo» (*La constancia...*, pp. 1333a, 1369b y 1386a); ya en 1609 había aludido a

⁴ Estoy completando un estudio y una edición de toda la correspondencia de Quevedo a partir de su encarcelación en diciembre de 1639, cuyo original se entregará pronto a una editorial; entretanto, estoy a disposición de los investigadores sobre la materia. Mercedes Sánchez Sánchez prepara otro sobre la rica correspondencia del satírico con su amigo Sancho de Sandoval. Como casi todas las cartas que cito a continuación son desconocidas, y las publicadas por Astrana Marín llevan fechas erróneas y destinatarios equivocados, las cito todas por la numeración de mi estudio, señalando con asterisco las desconocidas, con su apellido la que publicó Mercedes Sánchez Sánchez, y con la sigla EP y la página las que publicó Astrana.